



ELOGIO FÚNEBRE

DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON ANTONIO PLANCARTE
Y LABASTIDA, ABAD DE GUADALUPE, PREDICADO
EN SAN LUIS DE POTOSÍ EL 27 DE MAYO DE 1898.

Aspectu enim, et auditu justus erat: habitans apud eos qui de die in diem animam justam iniquis operibus cruciabant. Novit Dominus pios de tentatione eripere.

De vista y de oídas era justo, habitando entre aquellos que de día á día tormentaban una alma justa con obras detestables. El Señor sabe librar de la tentación á los varones en quienes resplandece la piedad.

II Petri, II, 8-9.

HACE apenas dos años inaugurábamos con solemnes fiestas nuestra restaurada catedral. Coincidiendo su apertura con el jubileo episcopal del Pastor con ella místicamente desposado, las alabanzas de la esposa, como sucede en todo epitalamio, se mezclaron con las del esposo, y el incienso que envolvía el altar llegaba también en perfumadas nubes al solio del Prelado. Entre los pregoneros de la divina palabra que de lejos vi-

nieron á celebrar las glorias de entrambos, uno se distinguió sobre todos por el cariño, la amistad y las frases santamente afectuosas vertidas á torrentes en discurso elocuentísimo en loor del amigo de su adolescencia, del sacerdote que lo apadrinó en el primer sacrificio por él ofrecido, del obispo que le confirió el primer premio debido á sus largos servicios, nombrándolo canónigo de honor de su Iglesia. Á pesar de los temores que manifestó por tener que elogiar á un vivo, no escaseó los encomios, porque su sermón, más bien que cántico nupcial, parecía la oración fúnebre de su amigo.

En efecto, señores: la salud de vuestro Pastor, quebrantada por padecimientos físicos y morales, hacía prever un fin tan cercano, que él mismo se había labrado su propio sepulcro el día precisamente que celebraba sus bodas de plata. El panegirista, al contrario, triunfante de sus enemigos y de sí mismo, se erguía majestuoso en el púlpito, y su voz sonora y varonil aspecto revelaban un temple de alma y un vigor corporal que parecían asegurarle muchos años de vida.

La Providencia, como á menudo acaece, trocó los destinos de los dos amigos. Todavía me aguarda la tumba que hace veintiséis meses me cavé á toda prisa. En cambio, el Angel del Señor me detuvo en el camino de rosas que me conducía á las fiestas jubilares de otro

grande amigo y hermano en el episcopado, para acompañar á la huesa, hoy hace treinta días, el cadáver de mi ahijado.

Al venir á pronunciar su elogio en el mismo recinto en que no há mucho pronunciaba el mío, no hago más que pagar una deuda de gratitud. Bajo las bóvedas de la catedral potosina resonarán mis palabras sin temor de que la envidia venga á entrecortarlas. Aquí tuvo sólo admiradores. Entre las multitudes que oyeron sus edificantes discursos, entre las turbas que asistieron á sus fructíferas misiones, entre los caballeros y señoras del siglo, entre los sacerdotes y las vírgenes consagradas á Dios, que encerrados en ejercicios espirituales se dejaron guiar por su inspirada palabra, jamás se introdujo hipócrita fariseo ni ingrato cristiano que le tendiera redes en sus pláticas ó levantara piedras para arrojarle.

Aquí, por tanto, subirá más puro el incienso de mis oraciones y de mis alabanzas. Aquí no habrá uno solo que ponga en duda la exactitud de mis sentencias cuando afirme y pruebe, con sólo bosquejar su fecunda vida, que en él resplandeció ese dón de piedad que hace á quien lo posee invulnerable á las tentaciones: *novit Dominus pius de tentatione eripere*; que rodeado, como estuvo siempre, de hombres inicuos que, ya con ataques manifestos, ya encubiertos con la máscara de la amistad,

atormentaban su alma sin cesar, jamás se desvió del sendero de la justicia á pesar de los malos ejemplos que presenciaba, á despecho de los improprios ó insidiosos halagos que herían ó acariciaban sus oídos: *aspectu enim, et auditu justus erat.*

Este juicio favorable que tenéis del egregio difunto quedará plenamente corroborado si os dignáis escuchar el elogio que, con el auxilio divino, me propongo tejer del ILMO. SEÑOR D. ANTONIO PLANCARTE Y LABASTIDA, CANÓNIGO DE HONOR DE LA IGLESIA CATEDRAL DE SAN LUIS DE POTOSÍ Y ABAD DE LA INSIGNE COLEGIATA DE SANTA MARÍA DE GUADALUPE DE MÉJICO.

I

«¡ Prelado de San Luis! Tú, que me conoces, háblale á Dios por mí, ruega por mí.» Con este significativo apóstrofe terminaba su última oración en este púlpito el egregio sacerdote cuya pérdida deploramos.

¡Sí, amigo mío! Cumpliré con el deber de ofrecer por tu eterno descanso mi llanto y mis plegarias. Hablaré por ti, pero no á Dios, ante cuyo tribunal supremo te han servido ya de abogado tus buenas obras: *opera enim illorum sequuntur illos* (Apoc., XIV, 13), sino á los

hombres que, aunque te bendicen, no han pronunciado aún sobre tu vida y tus virtudes su último fallo.

Para llevar á cabo tan dulce tarea será preciso que, como él lo verificó hace dos años, «retrograde yo otros cuarenta, atraviése los mares y recorra la nebulosa Albión hasta llegar al colegio de Santa María de Oscott, queridísima é inolvidable *alma mater* del abad de Guadalupe y mía». Este plantel, que es hoy un gran seminario central para todas las diócesis de Inglaterra, estaba en aquella época muy lejos de ser un colegio puramente eclesiástico. Allí se formaban, es cierto, algunos jóvenes levitas; pero su principal objeto era preparar para el Parlamento, el ejército, la marina, la diplomacia, el foro y otras carreras profanas á los hijos de la aristocracia británica fiel á la religión de sus abuelos, y ellos componían la inmensa mayoría de sus alumnos. Reinaban, empero, un orden y una disciplina que podría envidiar más de un monasterio, y el espíritu religioso, que se aviva más cuando nos vemos rodeados por hombres hostiles á nuestra fe, ó que por lo menos no conocen nuestras creencias, ardía en todos los corazones.

En este recinto tan caro (y no llevéis á mal que hable de mí propio en un discurso en que las reminiscencias personales tienen que for-

mar el principal argumento) en este recinto tan caro me encontraba yo en Agosto de 1856 terminando mis estudios preparatorios, cuando la Providencia trajo á mis brazos al nunca bien llorado amigo que acabo de acompañar al sepulcro. Era el hijo penúltimo de acomodado propietario de nuestra Zamora, quien le había legado al morir una fortuna más que modesta. Su madre fué hermana predilecta del ya célebre obispo de Puebla, D. Pelagio Antonio de Labastida, á quien seguía en su destierro. Había visto la luz primera en la capital de Méjico, en el mismo año de 1840 que alumbró mi propio nacimiento; pero mi larga residencia en Inglaterra y la cátedra superior que cursaba, movieron al egregio Prelado á encomendarme á su sobrino y á considerarme, más bien que su compañero, su mentor.

Como no raras veces sucede, el maestro tenía mucho que aprender del discípulo. La prolongada ausencia y la falta de práctica me habían hecho olvidar no poco mi idioma patrio, y con él muchos actos de devoción peculiares á Méjico, que había sustituido con otros más sólidos quizá, pero menos tiernos, acostumbrados en los países del Norte. Uno y otros me hizo recordar el trato frecuente con mi nuevo concolega, en quien desde entonces admiré ese dón de piedad que le había de distinguir hasta el sepulcro.

Notad, señores, que al llamarlo piadoso, pío, adornado de piedad, no tomo estos vocablos en la acepción tan restringida á que los han reducido los idiomas modernos, ni quiero decir simplemente que fuese devoto, amante de arrodillarse al pie de los altares y de recitar prolongadas plegarias. Mucho más lato es el sentido clásico y genuinamente latino de la palabra *pius*, y en toda su extensión lo aplico á mi difunto amigo.

Piadoso por excelencia llamaron á Eneas, con Virgilio, los antiguos romanos: *Pius Aeneas*, porque coronó sus muchos actos de amor y reverencia hacia su padre sacando al anciano Anquises sobre sus hombros de la incendiada Troya. Poco menos hizo el joven Plancarte cuando salió de Puebla desterrado su venerable tío, y actos quizá de más abnegación y de verdadera piedad filial practicó con el mismo en los años de achaques y enfermedades que precedieron á su muerte. Respetuoso y obediente fué con los obispos que sobre él ejercieron jurisdicción inmediata, y con todos los Prelados, harto numerosos por cierto, que con él tuvieron que hacer en su vida sacerdotal, y á quienes veneró como padres.

Piadoso llama Ovidio al afecto que unía á Polux con su hermano Cástor, y piadoso fué Antonio en el amor que le ligó con sus her-

manos según la carne, y con sus hermanos en el sacerdocio. Piedad llamaba Cicerón el amor á la patria, y patriota se mostró siempre el Abad de Guadalupe en sus actos, en sus palabras, en sus empresas, hasta en sus devociones favoritas. *Pío* apellidaba Horacio al buen camarada, jamás severo ni iracundo, siempre respirando buen humor y salpicando su conversación con facecias y amenas frases; y tal se mostró Plancarte, no sólo en su trato familiar, sino en sus discursos y sermones, en los actos más serios de su vida y en las calamidades que lo afligieron. *Pío* llamaron más tarde al varón clemente y misericordioso, y allí están los orfanatorios y casas de beneficencia y educación fundadas por el Abad de Guadalupe pregonando la clemencia y misericordia, la piedad del gran sacerdote, que las levantó desde los cimientos.

La Sagrada Escritura, y en particular el apóstol San Pedro, en la epístola que me ha suministrado el texto que acabáis de escuchar, usa *pío* como sinónimo de justo, y designa con este dictado al varón que teme al Señor y que, en medio de las más fuertes tentaciones, permanece firme y constante, sin desviarse jamás del recto sendero. Por último, Santo Tomás clasifica la piedad como una virtud especial, y al mismo tiempo la declara un dón del Espíritu Santo que hace al varón afortunado en

quien recae elevarse al Señor de continuo, animado por un afecto filial, tierno en extremo y no menos ardiente.

Tal es la piedad que yo observé siempre en mi amigo, y que estoy seguro nadie le disputó. Ciñéndome principalmente á esa virtud en su última acepción, no puedo menos que repetiros que desde que lo conocí me atrajo hacia él como imán irresistible. ¡Oh! ¡Cuánto recuerdo ese mes de María de 1857 en que juntos ofrecimos flores á la Virgen santísima! ¡Con qué placer reclamo á la memoria las devociones á San Antonio en que me hizo asociarme, y ese mes de Junio en honor de San Luis Gonzaga, que empezamos juntos, pero que yo fui á terminar bien lejos de mi concoleja!

En efecto, señores: ni un año duró nuestra permanencia bajo el mismo techo en Inglaterra, y me separé del que ya miraba como hermano, para no encontrarnos sino cinco años más tarde bajo el hermoso cielo de Italia. Me alejé; pero no lo perdí de vista, y lo seguí paso á paso en su carrera, tan diversa de lo que suele ser la del estudiante en sus circunstancias, y que ahora que la repaso en mi mente me parece en verdad providencial.

Estaba Oscott, como todos los colegios católicos ingleses de aquella época, en pleno campo, rodeado de bosques y lagos y ríos, lejos de las ciudades y sin que se escuchara el rumor

de los ferrocarriles. Pero no por eso se asemejaba al yermo. Aunque había dejado ya de ser su Rector el celeberrimo cardenal Wiseman, que tan alto lo elevó, continuaba siendo el centro del gran movimiento católico que condujo al seno de la verdadera Iglesia á tantas lumbreras de la Universidad protestante de Oxford. Allí recibieron, ya las sagradas órdenes, ya los sacramentos de la Confirmación ó el Bautismo condicional, personajes tan insignes como Newman y Manning, Faber, Dalgairns, Oakeley y otros astros de menor magnitud. Allí visitaron al insigne Rector el Conde de Chambord, conocido entre los suyos como Enrique V de Francia; Rosmini, venerado por muchos, abominado por otros; Gioberti, célebre aun en sus aberraciones; Daniel O'Connell, apellidado por antonomasia el Libertador, y á quien debieron su emancipación los católicos de las Islas británicas.

Este *movimiento* tan marcado, estos progresos del catolicismo, estas luchas y estas victorias no podían menos que impresionar profundamente al joven estudiante y preparar su alma para las batallas y conquistas, las escaramuzas y los desastres que le esperaban más tarde en su lejana patria. Hay gran diferencia entre el estudio de la historia que se hace en las frías páginas de un libro, y el que se lleva á cabo oyendo de viva voz las tradiciones de

familia, presenciando los acontecimientos ó recorriendo el teatro de antiguos sucesos.

Repasad cuanto queráis la narración de las persecuciones de que fueron víctimas durante dos siglos los católicos de Inglaterra. Leed una y más veces el relato de los horrores de la *Cámara estrellada* del tiempo de Elisabeta, ó de las ejecuciones de Tyburn durante varios reinados. La impresión será viva por lo pronto; pero no tardaréis en olvidar tamañas crueldades, y os llegaréis á persuadir de que son puramente leyendas inventadas por el espíritu de partido. Por el contrario, jamás se borrará de vuestra memoria esta narración del discípulo que os introduce en la capilla de su feudal castillo y sacando de venerado nicho una urna preciosa, os dice: «Este es el corazón de mi bisabuelo. En la mazmorra de la Torre de Londres, que visitamos juntos hace días, estuvo largos meses encerrado por el único crimen de profesar el catolicismo. Sentenciado á muerte, fué atado á la cola de un caballo y arrastrado sobre un montón de ramas hasta llegar al patíbulo. Se le colgó de la horca infamante, y vivo aún se le bajó para descuartizarlo. Se le abrió el pecho, se arrojaron sus entrañas al fango, y, palpitante aún, se le extrajo el corazón que ves en esta urna, y mostrándolo al pueblo, exclamó el mendaz verdugo:

Hé aquí el corazón de un traidor.

«Por varias generaciones sufrieron muchos de mis parientes semejante martirio. Nuestros bienes fueron confiscados; mis mayores quedaron reducidos á la miseria. Pero permanecimos fieles á la fe verdadera; supimos sufrir primero, luchar después, y hoy, recobrados nuestros bienes y nuestros cargos, ejerce mi padre en pro del catolicismo la influencia de que goza en la Corte y en el Parlamento.»

Por poco observador que sea el estudiante, á quien estas historias se repiten por diversos labios durante largos años; por superficiales que hayan sido sus estudios de lógica, no podrá menos que raciocinar de esta manera:

«Si se ha podido triunfar de una persecución de varios siglos y de un encarnizamiento sin semejante, ¿no podremos salir igualmente victoriosos de crisis menos duraderas y no tan crueles? Saber sufrir con la constancia del mártir, aprovecharse de cualquier ocasión que se nos presente para empezar la lucha; buscar aliados hasta entre nuestros enemigos, como lo hizo O'Connel entre las sectas disidentes; combatir, por último, á pecho descubierto, como lo hace ahora Wiseman en medio de su falange de convertidos: hé aquí las etapas que conducen á la victoria. Así reviviremos como los fieles ingleses: así obtendremos, como ellos, el Renacimiento católico.»

Para llegar á este renacimiento no habrían bastado la elocuencia, el tino, la ciencia de los doctores de Oxford ni la tenacidad de los cristianos viejos. Era indispensable la alianza de las artes, y el Señor puso al servicio de su Iglesia renaciente la arquitectura, la pintura, la escultura y la música, personificadas todas en Augusto Welby Pugin, neófito también él y entusiasta por el estilo gótico y las bellezas de la Edad Media. Él transformó las chozas y casucas que servían de capillas y escuelas, en suntuosas catedrales, ricas iglesias, graciosos conventos y espléndidos colegios. Á él se debió en particular el suntuoso edificio de nuestra *alma mater*, su espacioso templo (que no puede denominarse modestamente capilla) y la catedral de la vecina Birmingham. En sus frecuentes paseos por la campiña podía Antonio Plancarte contemplar el Oscott viejo y el Oscott nuevo. Había sido aquél la modesta casa de un benemérito sacerdote que sufrió larga prisión por la fe, y, condenado á muerte, escapó casi por milagro á la horca y al desentrañamiento. Fué más tarde escuela primaria, y en 1794 se amplió un poco y recibió el nombre de colegio. Cuarenta y cuatro años más tarde se erigió á pocos pasos de distancia el gigantesco liceo que había de sustituirle, y se le convirtió en orfanatorio y asilo de niñas bajo las Hermanas de la Merced. Para ello se

necesitaron grandes luchas, y los ingleses lucharon; se requirieron ingentes sumas, y los ricos las suministraron; era indispensable la unión, y los católicos permanecieron unidos.

Al pasar los ojos de uno á otro edificio, ¿pensaba Plancarte que algún día él mismo podría dar cima en su patria á semejantes transformaciones, y mover á los acaudalados mejicanos á suministrar cuantiosas limosnas dignas de los lores ingleses? ¿Soñó, por ventura, en Guadalupe, cuando en sus largas horas de oración en la capilla, obra maestra de Pugin, observaba sus bóvedas de azul oscuro tachonadas de estrellas, sus paredes policromas, sus estatuas blancas, sus vidrieras con mil imágenes, su presbiterio sin alfombra, su coro cercano al altar y formando una especie de *iconostasis* griega, á que no era dado al pueblo penetrar?

No lo creo, señores; pero sí estoy seguro que esos edificios, esas instituciones, esa capilla sobre todo, inspiraron las obras que, á despecho de contradicciones sin número, emprendió con éxito los últimos años de su vida. En esa capilla, para mí también de gratos y santos recuerdos, frente á la marmórea estatua de la Virgen inmaculada, que se complacía en adornar todos los días con frescas flores cortadas en el jardín que cultivaba con sus propias manos, fué donde Plancarte, en recompensa sin duda

de esa piedad que le servía de escudo contra las tentaciones, escuchó por vez primera la voz del Señor que lo llamaba al sacerdocio. No respondió desde luego con el *ecce ego* de Samuel, porque no se hallaba ya en la tierna edad de este Profeta, y temió que el llamamiento fuese más bien una ilusión. Había dejado pasar los mejores años de su juventud, ocupado en estudios ajenos á la carrera eclesiástica, y le parecía tarde para retroceder y emprender un nuevo camino.

Había en Oscott, como sucede en casi todas las grandes universidades y colegios, además de la carrera ordinaria, un curso abreviado. Á él se dedicaban los jóvenes que no aspiraban á grados universitarios ni títulos profesionales, ó á quienes asustaba la inmensa mole de clásicos griegos y latinos que forma la base de los estudios británicos. Plancarte, que jamás tuvo ni sombra de ambición, y que declaró que aspiraba tan sólo á ser buen administrador de sus propiedades y á tener los suficientes conocimientos para aumentarlas, desoyó desde un principio los consejos de su *mentor*, que le instaba á que se inscribiese en el curso regular, y se obstinó en seguir el compendiado.

¿Fué éste, por ventura, un error? Estoy muy lejos de creerlo, á pesar de los graves inconvenientes que esta deficiencia de estudios

preparatorios le acarreó en ciertas épocas. No todos han de ser profetas ni todos doctores en la Iglesia de Cristo, dice San Pablo: *numquid omnes prophetae? numquid omnes doctores?* (I Cor., xii, 29). La Providencia destinaba á Plancarte para apóstol, para amparo del desvalido, administrador del patrimonio de los pobres, consolador de los enfermos. Los estudios fáciles á que se consagró ni fatigaban su imaginación, ni llenaban su tiempo de tal modo que no pudiese dedicarse á las obras de misericordia corporales, y hacer su aprendizaje para el ministerio práctico del sacerdocio. Así lo hizo en Oscott, y con tal fruto, que, acabando de salir del colegio, lo ví asistir á enfermos y moribundos con tal unción, tal tino y tanta caridad, que nos dejó avergonzados á los que ya éramos presbíteros y habíamos recibido grados teológicos.

Como quiera que sea, al sentirse llamado al sacerdocio, era preciso dedicarse al latín, que muy superficialmente había saludado, y profundizar la filosofía, de que tenía apenas ligera tintura. Se resolvió á llevar á cabo tan ardua empresa, digna de un San Ignacio, y dió los primeros pasos en su nueva carrera con aquel tesón y aquella constancia que le hemos conocido en los últimos tiempos. No parece sino que el enemigo de las almas aguardaba tan sólo este momento para declararle la cruda

guerra con que lo molestó en todas sus empresas, y perseguirlo, como á Job, ensañándose en sus bienes, en sus amigos, en sus deudos, en su persona. Pero con el Patriarca de Hus no permitió el Señor que tocase Satanás á su cuerpo, sino después de haberlo tentado de mil otras maneras, mientras que á Plancarte fué lo primero que asaltó el común enemigo. Lo atacó desde entonces, aunque en la flor de la juventud, la terrible interna dolencia que, á despecho de largos métodos y constantes medicinas, lo ha venido devorando durante cuarenta años, y cuyas consecuencias lo han llevado al sepulcro. Preciso fué renunciar á continuar los estudios en la querida Inglaterra, y el joven prematuramente inválido fué á buscar la salud y el sacerdocio en el templado clima de Italia.

¿Quién podrá olvidar la mañana del 8 de Junio de 1862? Pío IX, en la plenitud de su majestad, rodeado de 300 obispos y más de 3.000 sacerdotes de todos los países, declaraba ante una multitud de 10.000 fieles que los 26 mártires del Japón, entre ellos el mejicano Felipe de Jesús, quedaban inscritos en el catálogo de los santos, y en adelante era lícito erigirles templos y tributarles honores celestes. Confundido entre la turba que llenaba la basílica Vaticana, asistía sobrecogido de estupor Antonio Plancarte, y sin escuchar el ruido del cañón

que tronaba en la vecina plaza, ni el bélico sonido de las armónicas trompetas de la guardia pontificia, ni las aclamaciones de la entusiasmada muchedumbre, oraba, oraba en silencio, oraba al nuevo santo Felipe de Jesús, para que le fuera concedido el ser elevado al sacerdocio.

El cielo pareció haber escuchado sus oraciones. Volvió la salud, y con ella la posibilidad de entregarse á los estudios eclesiásticos. Éstos no menguaron su piedad. Por el contrario, se avivó más y más con el contacto de las catacumbas y de las reliquias de los mártires. ¡Con qué fervor me condujo á la visita de las siete iglesias, no en cómodo carruaje, sino á pie, como la practicaba San Felipe Neri, institutor de esta santísima devoción! Á pie también me hizo recorrer en una mañana la distancia de 27 millas romanas, por ver si lograríamos ser testigos del milagro que obraba la imagen de la Virgen venerada en Vicovaro, quien movía los ojos en aquellos días de temores para la cristiandad.

No fué duradera esta paz. Tornó la enfermedad con más furor que nunca, y lo incapacitó, primero para los estudios, luego para todo trato social. *Regresad á la patria*, le dijeron sus superiores. *Volved á respirar los aires de los nativos valles*, decretaron los médicos. *Vuelve á calentarte bajo el ardiente sol de nuestra patria mejicana*, repetimos tímida-

mente los amigos. *Regresaré, sí*, replicó con entereza; *pero será después de haber recibido el sacerdocio junto á los sepulcros de los mártires.*

Con la energía que después lo hizo célebre, salió de Roma y recorrió las capitales de Europa, consultando uno tras otro á los facultativos más eminentes. Todo en vano. Al fin, ya casi desesperado, corrió al Imperio de Austria, y remontándose á las montañas de la Silesia, se sujetó, durante el crudo invierno de 1864, al duro método de la hidroterapia, severo en todas partes, cruelísimo bajo una temperatura de 12 grados de hielo. ¡Qué ayunos, qué privaciones, qué sufrimientos, qué dolores, qué soledad durante dos larguísimos meses! *Si no me hubiera alentado la esperanza de ordenarme sacerdote, jamás me habría sometido á tan atroz martirio*, me decía á su regreso.

El Señor lo premió. Á principios de 1865 estaba ya bien preparado para recibir los órdenes sagrados, y los recibió, como deseaba, junto á los sepulcros de los mártires, aunque no sobre las tumbas de los apóstoles Pedro y Pablo, sino en el ameno lugar en que padecieron Santa Sinforosa y sus siete esforzadísimos hijos. El aire de Roma le era todavía perjudicial, y el 20 de Marzo lo acompañé á la risueña ciudad de Tívoli, el *Tibur* cantado por Horacio y santificado, como todos los alrededores de la Ciudad Eterna, con la sangre de incon-

tables cristianos. ¡Pobre amigo mío! Aun en aquel retiro te había de hacer la guerra el *inimicus homo*, como lo llama el Evangelio, que por dondequiera siembra cizaña. Por fortuna tú lo ignoraste, y me fué dado repeler los golpes que se te asestaron, sin que siquiera supieras que trataban de herirte.

Después de dos meses largos de estudio y retiro, al bajar á principios de Junio de los collados tiburtinos, lo saludamos ya sacerdote, y el día 13, fiesta de su patrono San Antonio, tuve la inefable dicha de conducirlo al altar. Escogió para su primera misa la iglesia de San Ignacio y el altar que encierra las reliquias de San Luis de Gonzaga. Inusitado fué el esplendor de la fiesta; pero el nuevo sacerdote volvió ese día al retiro interrumpido sólo por breves horas, y mientras sus amigos, en ágape fraterna, festejábamos la inauguración de su ministerio, él, en el fondo de apartada celda, daba gracias al Señor por el singular beneficio que acababa de recibir.

II

Al expirar el mes de Noviembre de 1865, después de casi diez años de ausencia de la patria, arribó el presbítero D. Antonio Planarte á las playas de Veracruz. Aunque nacido

en la arquidiócesis de Méjico, de que era actual jefe su venerado tío, sus asuntos particulares lo llevaron á Zamora, y la Providencia allí lo detuvo poco menos de veinte años. Era primer obispo de aquella ciudad el egregio varón D. José Antonio de la Peña y Navarro, antiguo maestro de los célebres arzobispos Munguía y Labastida, al último de los cuales debía la mitra. La gratitud al tío lo movió á proteger al sobrino, el cual, con su piedad, su desprendimiento, su actividad y su celo se captó la benevolencia y el amor del ilustre Prelado. Rehusó una canonjía; pero sí aceptó de buena gana la cura de almas en el pintoresco pueblo de Jacona, á dos leguas apenas de la capital de la diócesis, y en cuyos alrededores él y sus hermanos poseían vastos y fértiles terrenos.

Como los médicos habían previsto, los aires patrios fueron favorables á la salud del nuevo párroco, quien fué muy presto no sólo modelo de curas, sino elocuentísimo orador. Con las fuerzas del cuerpo crecieron las fuerzas del entendimiento y cursó ahora los estudios eclesiásticos que no había podido terminar en las universidades europeas, sin más auxilio que sus libros, profundizándolos en los ratos de ocio que le permitía el ministerio. Á sus bienes particulares vinieron á añadirse cuantiosos legados, ya de su hermano mayor, ya de los